

## En el XIX centenario de nuestra Redención

### MANJAR CENTENARIO

«Este año, en efecto, por una parte, la Santísima Eucaristía celebra, y nosotros celebramos con ella su decimonono centenario; fué precisamente en aquella vigilia de caridad, de amor, «cuque in finem» de oración y de agonía en la que el Divino Salvador, en la última Cena, instituyó el prometido y divino Sacramento; por eso celebramos este año el decimonono centenario de toda la Redención y de un modo particular de la divina Eucaristía.

En la continuación, la repetición incesante, la permanencia de la Redención. En el agosto Sacramento, en ese estado de inacción y de anquilamiento, de aparente humillación; en ese estado de víctima, en ese estado Sacramental, está el Señor con nosotros y en medio de nosotros, y de la manera que se veía en otro tiempo el Apóstol: «Agnum stantem tanquam occisum». Es, por el Santo Sacrificio de la Misa la verdadera renovación, literalmente verdadera, si bien incruentada—y esta es la única diferencia del sacrificio de la Cruz—de aquella ofrenda del Hombre-Dios. Ahora el Sacramento se comunica en la santa Comunión con la cual el mismo Redentor se acerca a cualquier alma, verificándose completamente el gran dicho: «Dilexit me et tradidit semetipsum pro me» y lleva el Señor a cada una y aplica de su mano los frutos, los beneficios de la Redención.

Por tanto, este año Santo de la Redención, que está destinado para dar tanta luz, a fin de que ilumine tantas almas y comunique a esas almas las riquezas del divino Sacramento, corresponderá plenamente a su finalidad, será realmente santo, si crece en todas las almas el deseo de corresponderle con amor, con asidua adoración al Dios viviente en medio de nosotros y permaneciendo Jesús en la Eucaristía con su divina presencia en medio de la correspondencia humana; será, a la verdad, santo si hay en todos los fieles más empeño por asistir frecuentemente a la celebración de aquel Sacramento que renueva real y verdaderamente el Sacramento de la Cruz, si aumenta en todas las almas amantes de la Eucaristía, el deseo de aprovechar este inmenso don de Dios; si existe un hambre grande de este divino alimento; si más frecuentemente se acercan a la mesa evangélica y no desdichan para su vida cristiana el precioso alimento. Esa vida es el fin completo, íntegro, de toda la obra de Redención, según la explicata palabra del divino Salvador, quien reunida en torno suyo a las almas libertas como el rebaño rodea al pastor, decía: «In hoc ego veni» (eco de toda su obra, desde Belén hasta el Calvario) «ut vitam habeant et abundantius habeant».



La última cena.—Basano, Museo del Prado, Madrid.

### Jueves Santo

Conmemora hoy la cristiandad entera en sus recuerdos el sacrificio de amor a cuyo fuego espiritual se derritaron las cadenas en los pies de todos los esclavos y las coronas en las sienes de todos los déspotas. Al Júpiter Capitolino, que remataba las cimas del tiempo antiguo, con su aureola de luminoso éter, su manto cerúleo, su trono de nubes, su águila fapaz a un lado y sus fulminantes centellas en el puño, sucedió la cruz destinada por el orgullo patrio a castigo, tormento, patíbulo de los siervos, apenas tenidos por hombres en su soberbio concepto, exaltándose así a las alturas de astros espirituales y de ideas divinas, lo más humilde que había sobre la tierra, lo más humillado que había en la humanidad como para demostrar que comenzaba y no se acabaría nunca jamás, en los altares, el culto al dogma de la libertad y de la igualdad, destinado a dar nuevos y más vivos resplandores a las almas con nuevos y más incontrastables fundamentos a las humanas sociedades.

En concepto del místico, la campana silenciosa hoy en las altas torres de nuestras iglesias el capuz puesto a las cruces y el velo a los altares, la desnudez del ara sin sacrificios y la soledad

del santuario sin Dios, los trenos de Jeremías exhalando nubes formadas por vapores de lágrimas y los acentos del «Miserere» pidiendo a la divina misericordia piedad desde las cenizas y el cilicio todas estas elegías vivas, cuyas estrofas pasan, como en relieve, luctuosamente por los divinos oficios de nuestras iglesias conmemoran la muerte del Justo y la redención del hombre; mientras en concepto del filósofo y del historiador, conmemoran el ocaso de las religiones naturales, el anquilamiento de las tiranías históricas, el fin de los oráculos y de la magia, el minuto postrero de la odiosa y vieja servidumbre.

Por eso podemos llamar al Cristianismo la religión definitiva de la humanidad. ¡Ah! Yo he visto crecer la yerba en los sacros sitios, donde hablaban los «árcaicos en otros tiempos; yo he visto presos en los museos aquellos dioses caídos por Homero y esculpidos por Fidias, más llorosos y más tristes que el Edipo de Sófoles en los risueños valles de Colonia; yo he visto el templo de Neptuno en Positum sin techumbre y sin altar, cubiertas las sacras losas de zarzas y helechos, habilitado el rosáceo intercolumnio, que parece una estrofa de Píndaro, por nubes de cuervos, lanzando los graznidos de la muerte; yo he visto la caverna de Cumas sin encontrar su inspirada Sibila y el archipiélago de las sirenas, sin encontrar su inmortal Sirce; yo he contemplado los cabos, en cuyas ondas se retrataban las divinidades helénicas llenas de hermosura, sin templos y sin estatuas; yo he visto los cementerios horribles de las ideas muertas, las cuales dejan menos ruinas que los cadáveres de las especies extintas; mientras en los caminos de Palestina, aún después que las cruzadas han concluido y que la fe antigua se ha disipado, veo peregrinos de innumerables razas, devotos de contrapuestos cultos, yendo a libar el espíritu divino en aquella proterva Jerusalén, que, tendida en los pedregales calcinados del desierto asiático y coronada de abrojos, alza resplandeciente sobre todas las ciudades, ungida con recuerdos inmortales en la historia por haber dado a los siglos el Dios sublime y eterno del espíritu, que todo lo esclarece y todo lo vivifica y todo lo sostiene como sol que es de nuestras almas.

No hay tierra tan fecunda en ideas como la Tierra Santa. Estos desiertos de Arabia, Judea y Egipto, han dado las tres religiones fundamentales a los pueblos cultos de la moderna historia. Como Grecia es la patria de la libertad y del arte, Judea es la patria de la moral y del dogma. Espectáculo maravilloso para un alma que sepa levantarse a las alturas de la historia y evocar el pensamiento de los siglos; aquella Jerusalén, asentada en el desierto adonde han bajado tantas veces los ángeles del cielo y han subido las oraciones del hombre; circuida por sus vastos mares de arena, en que los rayos del sol rebotan; bajo las reverberaciones de un horizonte asiático abrasado por los ardores de aquellos días calurosos; entre sus guirnaldas de nopales, semejantes a coronas de espinas; junto al seco lecho de aquellos torrentes, por donde parecen haber corrido las lágrimas de

los profetas; aquella Jerusalén que todavía, en su viudez y en su servidumbre, sobre su estercolero como job, con sus huesos fuera de su piel y profanada por las hienas de Tartaria la ciudad del mundo que más holocaustos ha merecido al género humano y más confidencias a la divina verdad. Todos hemos llorado en las amargas aguas del mar Muerto; y todos hemos bebido algunas gotas del torrente Cedrón; y todos hemos prestado en alguna ocasión de la vida nuestra voz al coro de sus sacerdotes; y todos alguna vez hemos repetido con las manos plegadas y las rodillas en tierra, el eco de sus salmos. Todavía los acentos de su Miserere arrasan de tristeza nuestros ojos y los trenos de sus lamentaciones arrancan gemidos de dolor a nuestra garganta; los trances amargos de la vida llamamosos Calles de Amargura; el dolor eterno, a que nuestra contingencia y nuestra debilidad nos condenan, llamamosos crucifixión o Calvario y cuando queremos pensar en la inmortalidad, recordamos que sólo en su valle de Josafat podremos revestir nuestra carne regenerada; y cuando soñamos con lo invisible y con lo eterno, ¡ah!, nos fingimos una Jerusalén celeste, poblada de ángeles y bendecida por profetas en los celajes y en los arrebores de lo infinito.

Celebraban los judíos en esta semana su éxodo del Egipto y su viaje a la tierra prometida, significando la hora solemne a un adiós postrero, la comida presurosa de quien se percibe a una larga peregrinación, el pan sin levadura, símbolo verdadero de la prisa, las yerbas amargas indicadoras del camino desierto, los coros acompañados por los címbalos y por los salterios entonando la monótona melodía semita, que tanto se asemeja en el desierto y de las ondas en la playa, siquier expresen dolores profundos y quejidos amargos del alma obligada por su contingencia y por su condición terrestre a hollar con tristeza los tortuosos senderos de nuestra pobre vida. Cristo hizo de esta cena material en que los pueblos antiguos recordaban la terminación de su calvario, una cena espiritual, en que las almas, desligadas de la servidumbre corpórea, comulgaban en las mismas ideas, para unirse amorosas entre sí, e identificarse luego, por la difusión del espíritu divino en sus senos, con el Criador, tomando esta deleznable y contingente complejidad humana el grandor sublime de la divinidad. Recojamos, pues, las ideas que tantos símbolos contienen; unámonos en la comunión de una igualdad fundamental como cumple a hermanos de una misma familia, nacidos de un mismo Padre, y destinados a un mismo fin; y en esta identificación de todos los humanos con la humanidad y de la humanidad con Dios, cumplárense las promesas del Evangelio, cuyas páginas han sido reveladas para traer, además del divino ideal a nuestras almas, el reinado de la justicia y del derecho a nuestro planeta.

### La Eucaristía

Al conmemorar el XIX aniversario de la institución de la Sagrada Eucaristía, a cuyo sólo recuerdo el alma católica se conmueve en un movimiento símulo del espíritu, cuyo epicentro está en el Cenáculo, hemos procurado inspirarnos en una de las plumas que más hondamente han hablado de aquella, para transmitir al lector el sentimiento que nos anima.

Recordemos aquellas páginas admirables del inmortal Vázquez de Mella, en su obra La Filosofía de la Eucaristía, de la que el Cardenal Reig, de fatista memoria, dijo, que la llevaba a Nueva York, al frente de la Legación Española, como la mejor representación en el Congreso Eucarístico.

En esa obra hace su autor un admirable cotejo entre las síntesis humanas, y las síntesis divinas, y en cuyo parangón, de fabricantes (permitidme la frase) de sistemas humanos, nos cita el caso de Sócrates, moralista, que engendra, en la idea, a Platón, metafísico, y que va degenerando en sus discípulos hasta llevar a verles panteístas, lo que atormenta al Maestro «De Aristóteles, ló-

gico y materialista, que lleva a sus adeptos al escepticismo. De Descartes, metafísico y filosófico, (pero no tan filosófico como metafísico) de quien surge el panteísta Espinosa, y el sensualista Locke. El panteísmo se desarticula en el estatismo de Comte, y el dinamismo de Espencer. El judaísmo, el materialismo y el protestantismo, con su odio, su prohibición y sus negaciones, desembocan, en el tiempo, con el Cisma griego, que no se ha pulverizado porque tuvo la suerte de conservar en el altar el Sacramento, que encierra en sí la única doctrina no mutilada, que está por encima de la razón, y de la que el ilustre autor que comentamos dice: que «es la síntesis suprema en que parece que Dios ha querido condensar, sin confundirlos, lo ideal y lo real, lo material y lo sobrenatural, y donde están las ideas de substancia, esencia, naturaleza, causa, relación entre lo finito y lo infinito, síntesis, en una palabra, de la metafísica, la psicología y la teodicea».

De ahí que la Eucaristía, deba ser para el católico, el eje de la vida, que todo lo explica y dirige, llegando a producir el amor, y a crear la gracia, y a promover el sacrificio, y a dirigir las pasiones, y a templar la voluntad, y en una incomprendible influencia de su poder sobre las almas, llega a más, porque llega a trocar en amor el odio, y en gracia el pecado, y el egoísmo en sacrificio, y la pasión mala en buena pasión, y la indolencia en actividad, surgiendo así del Cuerpo de Cristo, bien comido, otro Cristo (christianus, alter Christus) Señor de sí mismo, que es más que serlo del mundo, ya que éste es menos que nosotros, por cuanto es el objeto, y nosotros, el sujeto de la Creación.

Esta es la Eucaristía, con toda su grandeza. Quede así sentado para exaltación de los fervorosos, enervamiento de los incrédulos, porque la sagrada Eucaristía, profetizada por Malaquías («En todo lugar y tiempo ofreciérase un sacrificio puro, porque yo soy un gran rey, dice el Señor, y su nombre es admirable entre las gentes») anunciado por Jesucristo, repetidas veces en su vida pública («El Pan que yo os daré, es mi mismo Cuerpo») instituida en la última Cena («Hoc est enim Corpus meum») y levantada a diario sobre su altar por sus sacerdotes, es, y debe ser, la luz de la inteligencia, a la que hay que llevar a todos los hombres, en cuyos problemas no existe, al fin y al cabo, en el fondo, más que una cuestión de relación entre lo finito y lo infinito.

Esta es la influencia, y el poder de la Eucaristía; poder e influencia, cuyas palancas el hombre busca en vano en todas las síntesis humanas, sin comprender que Dios, Creador del mundo, y Padre de la criatura, a quien formó a su imagen y semejanza, sigue, en la Eucaristía, a nuestro lado, y seguirá hasta la consumación de los siglos, en cuyo último día, sobre el alma del último Papa y la última Forma consagrada, preparará la gran apoteosis de su obra Redentora, como aurifera aboradora del misterio de la Cruz, perpetuada por la sagrada Eucaristía.

Valeriano P. Flórez-Estaña.



La veneradísima imagen del Santo Cristo de Limpías



La Soledad de Carlos Dolci, llamada vulgarmente «La Virgen del dedo».

EMILIO CASTELAR.  
Lea V. siempre  
EL CASTELLANO

del viento: a la mañana NE a la tarde NE  
u: 0  
ilmetros 0 0  
a de Médico  
cipal de Sa-  
os de Arraya,  
sa la Soma-  
ual de 2.750  
e ganadería,  
provisión en  
de inspector  
o judicial de  
7.50 pesetas.  
culgar deca-  
fermedad de  
ano de Gar-  
encia de la  
ano de Los  
an las minas  
parita stias  
lio a favor  
Luis Bou-  
e Agricultu-  
lo el formu-  
ur mensu-  
icipando las  
encia.—Seña-  
mes actual  
e las clases  
péndices de  
a la contri-  
ados  
26 III-34  
1200 fanegas.









